

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Crónica del Carnaval, por D. Francisco Flores Arenas.* = *¡Pobre Concha! por D. Sebastian de Mobellan.* = *Pedro, traducción por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Gerográfico.*

## CRONICA DEL CARNAVAL.

*Segunda reunion en el Casino.—Bailes de trages en el teatro Principal y en casa del Sr. de Burdon.*

El jueves de la anterior semana era el día destinado para la segunda reunion que habia de tener lugar en el Casino. Todo hacia esperar que esta fuese mas brillante aun que la primera. Las esperanzas no salieron fallidas, y el Casino ofrecia aquella noche un espectáculo encantador. Lo mas distinguido de la sociedad gaditana acudió á aquellos hermosos salones, bastantes á contener con desahogo una concurrencia, si numerosa, no por eso menos escogida.

Las nuevas obras ejecutadas en aquel local le han proporcionado una considerable extension, habiendo presidido á todas ellas el acendrado gusto que tanto distingue á la Sociedad del Casino, y á la cual tan dignamente han representado en esta ocasion los Sres. D. Juan Valverde y D. Juan Arámburu, directores, poderosamente auxiliados con la eficaz é inteligente cooperacion de los Sres. D. Tomás Ravina y Eymar, D. Federico Víctor, D. José Luis Diez y D. José Luis Feduchy, todos nombrados *ad hoc*.

Pasóse bailando la noche entera, noche que pareció bien corta á nuestras bellas, y nadie salió de allí sin un agradabilísimo recuerdo de la amable galantería con que los Sres. Socios saben hacer los honores de su casa.

FEBRERO.

Para el inmediato sábado estaba anunciado el baile de trages dedicado á los niños, y que la Junta de Damas habia proyectado á beneficio de la casa de espósitos.

Varias y hasta encontradas eran las esperanzas del público respecto á su éxito, si bien los mas temian que este no correspondiese á lo que se habian prometido las Damas, y en especial su dignísima vice-secretaria, la Sra. D.<sup>a</sup> María Noriega de Lama, principal y mas celosa promotora de una idea que fué la primera en concebir.

¿Quién ha de ir? se decia por muchos: ¿qué aliciente pueden ofrecer una docena ó dos de niños vestidos de esta ó de la otra manera, y embrollando unos lanceros ó un rigodon? Eso podrá interesar á sus papás ó á sus mamás, y eso podrá atraer á veinte ó treinta curiosos de los que á todas partes concurren por pasar un rato; pero ni un baile de niños ni un concierto á la *promenade*, donde ni siquiera hay quien cante, son cosas para llegar á atraer un verdadero público.

Esto se temia por los mas, y aun confesaremos que nosotros participábamos no poco de sus temores, no siendo necesario advertir que ellos estaban en abierta contradiccion con nuestros deseos. Nos equivocamos, es verdad; pero nos equivocamos agradablemente.

Llegó en efecto el sábado, y sonaron las siete de la noche. Ya á esta hora los palcos del teatro Principal estaban ocupados todos, y ya por el hermoso salon circulaban en tropel los que la Sra. de Lama habia llamado con feliz expresion *los reyes de la fiesta*. A poco era ya grande el número de personas que bajaban la escalinata, presentándose las señoras y señoritas con elegantísima sencillez, en consecuencia de los deseos mostrados por la Junta en su programa.

Grande era el número de niños, y sus disfraces todos ricos y graciosos. Cantineras y aldeanas, el sargento Federico, el marqués de Caravaca, Víctor el cazador, el general de



*El hijo del regimiento* y otros trages de la ópera; postillones franceses, oficiales de la época de Luis XV, antiguos guardias de corps, griegos, diablos del Ambigú, y personajes históricos, como Napoleon. Bailáronse por ellos rigodones, polkas, lanceros, shotisses y otras danzas, todo con un aplomo y seguridad difíciles de esperar en sus cortos años y en el breve tiempo de su preparacion, alcanzando siempre numerosos aplausos de la concurrencia que se apiñaba para contemplarlos. Cumplida la hora y terminadas las danzas del programa, se dió punto á esta parte de la fiesta.

Nosotros quisiéramos enumerar uno por uno todos los niños; pero eso fuera imposible. Solo citaremos las familias á que pertenecian, y que recordamos, sintiendo en el alma cualquiera omision involuntaria, efecto de la estremada dificultad de procurarnos otros mejores datos. Son aquellos los que á continuacion se ponen.

Los niños y niñas eran de los señores Zulueta, Beyens, Casa-Recaño, Bória, Picardo, D. José y D. Guillermo Retortillo, D. Antonio de Mora, Arbolí, Alcon, Asencio, Baldasano, Izquierdo, Larraondo, Pastor, Villamar, Topete, Florez, Ramos Marin, Jofre, Michelena, Lopez Dominguez, Bardasano, Lavaggi, Rubio, Rodriguez.

Además de que acaso se hayan omitido algunos, debe tenerse en cuenta para el cálculo del número que de estas familias nombradas se presentaban hasta tres ó cuatro niños frecuentemente.

Las Damas directoras les tenían preparado un precioso y bien provisto *buffet*, el cual permaneció abierto todo el tiempo que duró el espectáculo.

Llegábale su vez al concierto á la *promenade*; pero este se trocó en otra cosa mejor, segun vamos á ver.

Por uno de esos incidentes que no podian entrar en la prevision humana, toda vez que se trataba de un espectáculo público y retribuido, aconteció que la concurrencia toda se compusiese de lo mas brillante y escogido que encierra la sociedad de Cádiz. Una ojeada bastó para que las señoritas se convenciesen de que estaban en su terreno, y una comision de ellas se personó ante la Junta de Damas, pidiéndole se trocase en baile el anunciado concierto. Coincidió con esta peticion otra de los caballeros, y en su consecuencia se modificó el programa, improvisándose un baile que duró hasta las doce de la noche, con gran contento de todos.

El producto líquido ha escedido de diez mil reales vellon, debiéndose esto á que la casa

ha sido cedida por la empresa, á que los dependientes se han prestado á egercer sus cargos con gran rebaja en sus estipendios, y á que el director de la fábrica del gas nada ha querido percibir por el alumbrado.

El Sr. Alcalde D. Pedro Víctor cedió galantemente la presidencia á las Damas, que la ocuparon en efecto, y que tanto en este acto como en las preliminares tareas de la fiesta han hecho muestra de ese celo incansable con que se consagran á todo cuanto atañe al bienestar de los infelices á quienes prodigan sus cuidados maternales. En esta ocasion, como en todas, la Junta ha sido poderosamente auxiliada por el Sr. D. Antonio de Mora, visitador de la casa de espósitos, y persona de reconocida inteligencia no menos que esquisito gusto. A sus esfuerzos se debe gran parte del éxito de esta fiesta, por todos conceptos tan bella y de tan gratos recuerdos.

El lunes, segun teníamos anunciado, se verificó el magnífico baile de trages para el que se habian repartido invitaciones previas por el Sr. de Burdon y su Señora.

Las nuevas y costosas obras que este caballero ha hecho ejecutar en su casa la constituyen hoy una de las mas bellas, y de seguro la mas agradablemente caprichosa de la poblacion. La escalera principal, antes mal situada, se ha reemplazado con otra hermosa y rica, adornada con grandes espejos. Al salon bajo se le ha dado por ingreso una doble fila de columnas de mármol, que despejan el local y le dan un aspecto verdaderamente oriental, y en la escalera se ha construido una galería volada de seis lados, que remata en graciosa cúpula.

En aquellos salones, pues, en medio de elegantes otomanas, ricos divanes, escelentes pinturas y suntuosas alfombras; en aquellos salones radiantes de luz y perfumados por millares de flores, se agitaba en la noche del lunes una numerosísima concurrencia, brillante por la variedad de sus trages, y mas brillante aun si es posible por el placer culto y decoroso que la animaba.

La extraordinaria diversidad en los colores, la no menor en las formas, en los cortes, en los adornos, el brillo de los uniformes, y el contraste que todo esto ofrecia con la elegante esplendidez de la moda actual, á que algunas señoras no habian querido renunciar, daban á aquel espectáculo un carácter de novedad y de gracia mas para sentido que para descrito. Allí se veian confundidas todas las épocas, todos los siglos, desde la cautividad de Babilonia hasta Mme. Pompadour, desde la toma de Jericó hasta la guardia imperial de Napo-



leon. Cuando no bastaba la historia, cuando no se quería recurrir al capricho, se lanzaban las bellas á la alegoría. Las Horas, la Noche, la Aurora, el Lucero, estaban representados en otras tantas jóvenes, y contra las leyes de la naturaleza no veíamos incompatibilidad en que la Noche y la Aurora reinasen al par en el universo, tendiendo la una su estrellado manto y esparciendo la otra sus flores salpicadas con las perlas del rocío.

Ponemos á continuación la reseña de los trages y los nombres de las señoras y señoritas que los llevaban. Entre tantas será posible que no viésemos á algunas, ó que no las hayamos caracterizado exactamente á todas. Si tal aconteciese lo sentiremos en el alma, y estamos prontos á hacer cualquiera rectificación tan luego como llegue á nuestra noticia.

Señora de Berriz, de aldeana francesa. Señora de Beyens, dama del siglo XVIII. Señora de García de la Lama, Esther. Señora de Whitte, Isabel de Valois.

Señoritas de Arnedo, una de dama oriental y otra de húngara. Señorita de Arámburu, judía. Señorita de Arana, dama castellana. Señorita de Albertis, batelera. Señoritas de Arriunaga, una de María Estuardo y otra representaba las horas. Señorita de Azopardo, cantinera rusa. Señoritas de Aubarede, una de cantinera de la época de Luis XVI, otra de aldeana romana, y otra copiando un traje de la Camargo, célebre bailarina del anterior siglo. Señorita de Boom, de capricho. Señorita de Bellamy, hija del regimiento. Señorita de Bayo, representando la estrella de la mañana. Señoritas de Cassá, una de veneciana y otra de batelera. Señoritas de Cabieses, una de aldeana y otra de polaca. Señorita de Corral y Puente, monedera. Señorita de Coghen, dama del siglo anterior. Señoritas de Cárrias, una de persa y otra de aldeana italiana. Señorita de Chinchilla, dama de la época de Enrique III. Señorita de Chiapparini, Rahab. Señorita de Elizalde, circasiana. Señorita de Ferro, circasiana. Señoritas de Gargollo y Fallon, una de polaca y otra de india de Goatemala. Señoritas de Gargollo, una de *soubrette* y otra de cantinera de la guardia imperial de Francia. Señorita de Gomez, Calíope. Señorita de Galwey, dama de la corte de Luis XV. Señorita de Gough, cantinera rusa. Señoritas de Gomez Imaz, una de dama veneciana, otra de la época de Mme. de Pompadour, y otra con traje oriental. Señorita de Jordan, traje de la Camargo. Señoritas de Lavaggi, una de Diana de Poitiers, otra de monedera, y otra de hebrea. La señorita de La Orden, circasiana. Señoritas de Luna, una de maja y

otra de griega. La señorita de Lopez Martinez, húngara. Señorita de Maccarthy, polaca. Las señoritas de Mac-pherson, una de romana, otra representando la noche, y otra la aurora. Las señoritas de Martinez Polo, una de cracoviana y otra de húngara. La señorita de Mihura, dama del siglo anterior. Las señoritas de Picardo, una de aldeana rusa y otra de Muda de Pórtici. La señorita de Pomar, griega. Señorita de Polavieja, serrana. Señorita de Pardillo, pescadora de Pórtici. Señorita de Pilon, aldeana. Señorita de Poggio, dama del siglo anterior. Señorita de Pátterson, aldeana. Señorita de Pagasartundua, aldeana italiana. Señoritas de Quesada, una de Madame La-Valliere y otra de cantinera. Señoritas de Retortillo, una de *soubrette* de la época de Luis XV, y otra de dama de la de Luis XIII. Señoritas de Rancés, una de page, otra de paisana mejicana, y otra de reina de Sabá. Señorita de Ruiz Tagle, ramilletera inglesa. Señorita de Ravina, gitana. Señorita de Rada, escocesa. Señorita de Sola, dama del siglo anterior. Señorita de Sequeira, griega. Condesa de Saucedilla, escocesa. Srtas. de Somera, una de circasiana y otra de dama del siglo pasado. Señorita de Sierra Villar, dama del propio siglo. Señorita de Victor, aldeana napolitana. Señoritas de Villate, una de María Antonieta, otra de dama de la misma época, y otra con traje oriental. Señorita de Villar, Semíramis. Señorita de Verges, Madame de Pompadour. Señoritas de Valverde, una de aldeana rusa, y otra de cantinera de Finlandia. Señorita de Uceda, polaca.

De caballeros, solo se presentaron dos con trages. A saber, el Sr. D. Horacio Alcon, de Sancho García, y el Sr. D. Lucas Odero de condottiero.

Muchos otros fueron de uniforme.

A cosa de las doce fueron conducidas las señoras al *buffet*, cuyo servicio se señalaba, como siempre sucede allí, por el buen gusto y la riqueza.

Bailóse hasta las cinco y media, y á esa hora se abandonaron los salones, llevando todos un gratísimo recuerdo de esta hermosa fiesta, que hizo completamente encantadora la cordial galantería con que los amables dueños de la casa se esmeraron en el obsequio de sus numerosos amigos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.



## ¡POBRE CONCHA!

*A mi querida y buena amiga Doña Romana de Ibarrola.*

Adios!

El ave vá á tender su vuelo: se aleja para siempre: Dios le dé en los espacios fuerzas suficientes para arrostrar impávida y serena el cansancio y las tempestades.

El ave no volverá.

Por eso canta.

Ah! pero sus cantares no son los de otro tiempo: no son los cantares de una misteriosa felicidad.

Entonces al resplandor de las estrellas, allá cuando el firmamento parece velar con infinitos vijías el reposo de los mortales, la pobre avecilla posada sobre la tierra que envolvían las tinieblas, cantaba al pié de un árbol cantares que solo comprendía el corazón de la que rebosando amor, en el árbol la escuchaba.

Una noche el avecilla estaba triste.

Y estaba triste porque el árbol no se movía y solo el viento al besar sus hojas, parecía llorar la ausencia de la dulce ingrata que en su ramaje se escondía.

—Dime, vienteccillo; tú que corriendo bosques y praderas, arrancabas ecos y aromas para arrullar el sueño de la que mi amor cautivaba y cautivo el corazón me tenía ¿por qué hoy, apenas leve y risueño pareces como querer acallar algún mal que tu espíritu atormenta, cruzando triste y silencioso por esos sitios donde duerme el dulce encanto de mi corazón?

¿Por qué como otros días, no llevas mis cantares, eternizándolos por los espacios como castos emblemas de una inmortal pasión?

¿Por qué detienes mi amoroso acento con esos tenues suspiros, que aunque parecen sonrisas, no son sino extraños ecos que los pesares arrancan de lo profundo del alma?

¿Por qué no acaricias mis amores?

¿Por qué pasas?

¿Por qué no respondes?

Vienteccillo, vienteccillo; no te ausentes: no huyas de ese modo; mis alas no son bastantes para elevarse hasta ese árbol querido, compendio y símbolo de mi felicidad: así, pára, pára, y dime qué tiene mi amada que tan silenciosa permanece, en medio de estos clamores que vierte mi dolorido pecho; y á los que solo contestan los perdidos ecos que vagan por la inmensidad?

Vienteccillo, vienteccillo: ¿por qué no me com-

padeces: por qué no te hacen eco mis querellas? por qué burlas de ese modo mis amorosas esperanzas?

¿Es acaso porque mi amada duerme?

Ah! si es porque duerme, pasa, pasa, y no te detengas: tu aliento pudiera enfriar su nido, ó tus arrullos desvelar sus ojos; y eso fuera bien triste para quien solo felicidades le deseara.

Yo velaré, vienteccillo, yo velaré.

¿Es tan dulce velar el sueño de la que se ama!

Mi pico estará silencioso: lo esconderé entre el plumage de mis alas para que ni su respiro se oiga: en tanto que vigilante el oído, escucha en todas direcciones, ya para prevenir importunos rumores; ya para sorprender la tempestad.

Yo velaré, vienteccillo, yo velaré.

Y mañana, cuando el ángel de los buenos colore los cielos con su benéfica luz: cuando las vírgenes inmortales viertan sus lágrimas de ternura sobre las purísimas flores cuyos emblemas son: cuando la mirada de Dios inflame la eterna lumbrera que rige en los espacios, ¡feliz yo, si abarcando en el ensueño de mi felicidad los recónditos pliegues de ese ramaje, puedo recojer en el primer rayo de luz que sorprenda sus pupilas, la primer mirada con que debe saludar al ser que le permite gozar otro día mas, de las portentosas obras de su genio.

Feliz yo ¡si en su mirada adivino su amor!

Feliz yo ¡si en sus cantares sorprendo mi felicidad!

Y el avecilla calló.

Y el viento, que huido había, ó parado escuchaba sus congojas, volvió á murmurar: y al agitar el blando follaje del arbusto, doloroso suspiro pareció verter: y el ave, que absorta escuchaba, oyó estas palabras que le llenaron de pavorosa desesperación.

—“Avecilla, pobre avecilla, que ni desdenes te turban, ni ingratitudes te estremecían; cierra para siempre tu pico y dá libre rienda á tu quebranto, si él ha de librarte de mas profundos sinsabores.

“El ave por quien morías ya no está: su albergue yace frío como lo estaba su pecho, puesto que tuvo pecho para alejarse de tí: nada hay en él que recuerde tus días de soñada felicidad: la inconstancia la ha envuelto en su misterioso manto: la ingratitud en sus colosales ambiciones.

“Llora, pobre avecilla, llora desdenes que nunca soñaste, ni desvíos que nunca concebiste: el mar que embarga tu corazón, espuma debe ser, que apenas apartada de las rompientes donde el dolor se estrella, queda estinguida del todo, como si nunca hubiera bro-



tado al poderoso embate de la ingratitud.

«El viajero que temple sus ardores en cristalino estanque, no vuelve á él, si al estampar los secos labios, entrevé el cieno de su fondo, ó adivina la ponzoña que en él se esconde.

«Las flores cuyas espinas dañan, nunca son las que adornan el casto seno de las vírgenes, ni la inmaculada frente de las desposadas: perjuradas en su grandeza, ninguna boca acaricia sus perfumadas hojas: ninguna mano su gentil capullo: nacen y mueren si admiradas de algunos, empobrecida por la opinion de todos.

«Así las mujeres, cuyos corazones gastados por el exceso, matan ó agostan cuantas nobles pasiones giran en su alrededor. ¡Feliz aquella cuya frente, en su modesta altivez, es mas ansiada por sus virtudes, que querida por sus sensaciones.

«Ah! ciertas mujeres no son ya ni la sombra del ángel caído por el abuso de la inocencia! no; degeneracion de una raza sublime, el tiempo ha impreso en ella la monstruosa aberracion de los réprobos: edificio en ruinas, nada inspira al caminante, como no sea la ilusion de un pasado que hacia mas posible la felicidad!»

Y la voz que habia sonado, se estinguió al punto entre los rumores de la tempestad cercana.

El avecilla lanzó un quejido.

Y tendiendo las alas, voló al fondo de su nido, donde la aurora sorprendió las amargas lágrimas de su dolor.

Pobre avecilla!

Ella era feliz: su felicidad fué robada: y robada por la misma que se la dió.

Ah! tambien mi corazon rebotaba felicidad por una mujer que compendia todos los sueños de una tranquila existencia.

Y tambien como el avecilla, cantó bajo el misterioso ramaje de su amor.

Y sus cantos, tristes como los recuerdos, melancólicos como los sepulcros, cruzaron un dia sin que voz amiga les respondiese: sin que acento alguno les contestase.

El poeta, como el avecilla, se sintió herido de muerte. ¡Herido por la misma mano, que un dia cicatrizó las heridas de sus profundos dolores!

Ah! el poeta canta: ¿por qué cantará el poeta?  
*Quién sabe!*

Pobre poeta!

Su lira lanza sonidos de lúgubre desesperacion: el petrel que cruza por los espacios tambien canta: pero los ecos del poeta son los ecos de la tempestad que cruza, y los cantos del petrel el augurio de la tempestad que llega.

Mas ¡quién sabe si el poeta como el petrel

cantará por un triste presentimiento, y el petrel como el poeta por congojosa pasion!

Por qué lloras, poeta? Maldiga Dios al corazon fermentado que así rompe el velo de tus amores, para sepultarte en la profunda sima de los pesares. Y lance el rayo de su justa cólera, sobre la frente del que solo tiene en sus labios palabras de amargura para tu corazon.

No llores, poeta, no llores.

La humanidad se rie de las lágrimas: ¿qué le importan los sentimientos del que aislado en el mundo, árbol es nacido en el desierto, donde el ingrato caminante ni un adios le deja, despues de haber reposado á su sombra?

No llores, poeta, no llores.

Aquí nadie ama: nadie por tanto siente: así nadie habrá capaz de tenderte una mano amiga, en la cual puedes hallar la inmensa y sublime realidad del cariño.

Y si nó, dime: ¿qué ha sido de tu vida? ¿qué de las lozanas horas de tu juventud? ¿qué de las espléndidas ilusiones de tu amor?

Ay! huyeron para siempre.

El agudo dardo de la ingratitud envenenó su existencia: él ha corroido las bellas esperanzas del porvenir.

Pobre poeta! *Y quién sabe* lo que aun te espera!

Es verdad.

En dias de mas venturosa calma, mi vida era cristalino arroyuelo, adormido en perfumado campo de flores.

La felicidad me sonreia: las ilusiones me acariciaban.

Pero, qué felicidad, Dios mio! qué felicidad!

Los campos y los bosques, hé aquí mis alegrías: Dios y el hogar doméstico: hé aquí mis ilusiones.

Los bosques! las montañas! ¿por qué me inspiran tan religioso fervor, veneracion tan profunda?

¿Será porque entre ellos me sonrieron los primeros años de mi existencia?

Quién sabe!

Pero ah! no, no: recuerdos mas profundos; encantos mas halagüenos; tradiciones mas sagradas son los que hácia ellos me inclinan: la historia del mundo todo, grabada en la cumbre de un peñasco, ó encerrada en el frondoso ramaje de un bosque.

En la cumbre de una montaña espiró el Hijo de Dios por la redencion del hijo del hombre: hé aquí la gloria del mundo sagrado: entre el ramaje de un bosque la madre de los humanos perdió á la humanidad: he aquí la historia del mundo profano.

Moisés recibió en el monte Sinaí las palabras del Señor.



Jesucristo oró en el monte Olivete y en él fué vendido.

En la cumbre de un monte se le tentó á prosternarse ante el espíritu de las tinieblas.

De la cumbre de un monte se elevó á los cielos.

Abrahan subió á un monte á sacrificar á su hijo Isaac.

S. Pedro eternizaba sobre la cúspide de siete colinas su permanencia en la tierra.

Noé se detenía sobre el monte Arahath estinguído el diluvio á dar gracias al Señor.

En la grieta de una montaña cantó S. Gerónimo la Omnipotencia de Dios.

En lo profundo de las montañas compartían los ascetas y eremitas su alimento con las fieras que se arrastraban á sus piés.

En los bosques del Líbano alzaban los profetas sus cánticos á Dios y en sus eternos árboles colgaban las arpas de marfil y oro con que acompañaban sus cantares.

Safo se arrojó de un peñasco.

Homero cantaba su propia inmortalidad sobre la cumbre de un monte.

Neron desde la roca Tarpella recitaba coronado de flores los versos de Virgilio sobre la destrucción de Troya, mientras por su mandato ardía la ciudad eterna.

El Parnaso es un monte.

Mahoma promete eternas bienaventuranzas en un Eden, cuyos árboles cargados de frutos, encierran cincuenta hurís de ojos negros y cabellera de ébano.

Chateaubriand immortaliza los bosques de América con los profundos amores de René y y Atala.

Pablo y Virginia se amaron en un bosque.

Los orientales se prosternan sobre los peñascos de los montes á la salida del sol, para adorar al Redentor del mundo.

El esquimal, feliz en su ignorancia, vive en profundos bosques, bastándole una simple piel de vaca marina, para lanzarse en busca de otra patria por medio de sus pavorosos mares.

Adán y Eva se amaron en un bosque.

Mi país es solo bosques y montañas.

Mi primer amor brotó sobre la cúspide de un monte: brotó sobre la cúspide del Pirineo.

¡Del Pirineo! de ese eterno libro, cuyas páginas admira el hombre sin que le baste jamás su alma para comprenderlas.

¡Tan magníficas son!

¿No he de amar, pues, bosques y montañas, campos y valles, si ellas compendian los recuerdos de tantos siglos, el pasado de mi felicidad?

Vizcaya con sus bosques, el Pirineo con sus montañas: he aquí las profundas impresiones

de mi infancia: he aquí las arraigadas ilusiones de mi corazón.

Vizcaya! su cielo sorprendió el primer rayo de luz que brotó de mis pupilas. ¡El Pirineo! sus campos absorbieron los últimos suspiros de un amor.

Encantos de mi vida! yo os saludo!

Vuestro pasado no se borrará jamás de mi memoria.

En ella vivireis como la sola rémora, como el único lenitivo para acallar las tumultuosas pasiones de mi existencia.

Ah! dichosos para el hombre aquellos tiempos que flores de arrobador perfume llegan á acariciar sus sueños, cuando las desgracias han muerto ya su corazón.

Dichosas las horas que, veladas por el vago-roso manto de una estinguida felicidad, batan sus alas sobre la frente del que solo vé en ella las huellas de los pesares, y le arrojan aun en éstasis de sublime tranquilidad.

Dios mío! y cuán bello es mi pasado!

¡Y cuán triste mi presente!

¡Y cuán pavoroso mi porvenir.

¿De qué me sirve este átomo de gloria que brilla sobre mi existencia, si el soplo de los engaños lo va amortiguando y estinguendo, como se amortigua y estingue la estrella sobre quien se posa el blanco celaje de una nube?

Ah! qué no daría por disfrutar esa calma de serena felicidad, que lejos de este mortal infierno disfruta uno de los amigos mas queridos de mi corazón?

Mas... ¡Quién sabe si me haría feliz!

¡Quién sabe si él lo será siempre!

Oíd sus palabras.

Las arranco de una carta que acaba de escribirme, y á cuya íntima confianza voy á hacer traición.

Perdóname ¡pobre Herran mío; perdóname, fiel amigo de mi corazón, si abusando de tu bondad, me atrevo á violar los inocentes sentimientos de tu alma, dándoles publicidad.

Hélas aquí.

“No puedes imaginarte qué vida tan pacífica disfruto en este pueblo, aun cuando parezca ruda y monótona.

“Pero te confieso es vida que puede soportarse bien y hacer feliz por completo al corazón.

“Y sobre todo, si al lado de esta felicidad se tiene una compañera á quien poder hacer partícipe de tales dichas, al entregarle vida y corazón.

“Si, Sebastian, conozco la corte: conozco cuanto puede uno esperar de sus falsos atractivos; de sus efímeros placeres; y por esto encuentro mas felicidad, mas dicha, mas amor, menos engaños, mas tranquila existencia, en



estos apartados rincones, en los que, si no se encuentran esas mentidas y engañosas sirenas que hacen pasar la vida como en un Eden, en cambio respiras la paz doméstica y ese casto y santo amor con cuyos perfumes te aduermes como el sueño de los justos.

"Ahora bien, compara la vida del cortesano con la del que como yo, ignorado de todos los seres, vejeta en este apartado rincón, y dime quién es mas feliz, y quién se alimenta, de la realidad, ó de la mentira, de la ficción y del engaño?"

Ya lo oyes ¡pobre *Concha*! hace algun tiempo esta carta hubiera sido un sarcasmo lanzado á mi felicidad: una imprecación caída sobre el paraíso de mi ventura; tanto te amaba: hoy rocío bienhechor, dulce reposo ha derramado sobre mi existencia: serena tranquilidad sobre mi espíritu: así es como mi corazón replegado en sí mismo ha ido á refugiarse en esa segunda vida de la existencia, que tan feliz la hace: en la vida de los recuerdos.

Vive, pues, tranquila: mis labios no pronunciarán jamás imprecación alguna sobre tu nombre: mis quejas no turbarán los sueños de tu porvenir: honrado como siempre, como siempre bueno, mas de una vez han de pronunciar tus labios estas profundas palabras:

"Solo él era digno de mí."

Y es verdad: solo yo lo he sido, y lo que es mas: solo yo lo seré. Tú lo has confesado.

Pobre *Concha*! ¿por qué tanto odio en tu corazón ¿por qué tanto perjurio en tus labios?

Te juzgué un ángel; perdóname: tú me has hecho adivinar que no eres mas que una mujer. ¡Qué mal me has comprendido!

A mi presencia huyes como asustada gacela, á quien aleve cazador acecha para hacerla su víctima.

¿Por qué huyes?

El cazador está desarmado: la gacela, pues, puede estar tranquila en su morada.

No debes huir:

Al reposo de tu alma podía hacer traición tu semblante, y eso sería hacerte delincuente.

Y tú no lo eres, pobre *Concha*, tú no lo eres.

Has dejado de amar.

¿Qué culpa tienen las flores de que se agote su perfume, ni las fuentes de que se seque su cauce?

Ninguno: el soplo del tiempo; ese es el único responsable de la veleidad humana.

¿Por qué huyes?

¿Por miedo? yo no te persigo.

¿Por temor? yo no te aborrezco.

¿Por odio? yo no te he engañado.

¿Por vergüenza? yo no te he ofendido.

¿Por qué huyes?

Ah! te dice algo la conciencia? puede ser que sí.

¿No te alarma mi tranquilidad en parangón con tus pueriles recelos?

¡Pobre *Concha*!

Ay! pronto no te estremecerás ante mi presencia, ni huirás azorada ante el recuerdo de mi amor.

"El ave vá á tender sus alas: se aleja para mucho tiempo: pídele á Dios, siquiera por lo que te ha amado, le dé fuerzas suficientes para arrostrar impávida y serena el cansancio y las tempestades.

El ave no volverá.

Hé aquí, pues, su último canto.

Es un "adios" postrero, único como su amor, profundo como su recuerdo, inmenso como su realidad.

Adios, pues, adios: y si á tu oído llega este postrer lamento, quiera el cielo no sea cuando envuelta en el misterioso manto de los sueños, estén diciendo tus labios: *él solo era digno de mí*; porque esto seria hacer traición á la profunda insensibilidad que ha demostrado tu alma; y yo no quiero que ni aun en sueños, puedas achacarme haber querido turbar tu reposo.

Y tú, mi buena *Romana*, cuya encantadora amistad tantos momentos felices me ha dado, admite este triste desahogo de mi alma, siquier, ya que no por otra cosa, por haber sido tú, la que con inolvidables consejos, has derramado sobre mi corazón la perdida tranquilidad y devuelto á mi alma la centella de su inspiración, perdida ya como brillante estrella, entre las sombrías nubes de pavorosa tempestad.

No sabes cuán feliz me has hecho!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

## PEDRO.

POR

D. EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

¡Qué mujer tan hermosa, qué fisonomía tan dulce! Aunque era una simple labradora, su tez presentaba la blancura mate del mármol... Bajaba púdicamente los rasgados ojos negros y en sus labios vagaba una sonrisa angélica... Bien que representase unos veinte años, su frente conservaba aun el casto sello de la primera virginidad.



Cuando sus dedos se tocaron, hubo en ambos un estremecimiento, una súbita palidez, un choque eléctrico...

¿No sería aquella la sombra que columbré la tarde anterior por entre las ramas del rosál?

## V.

Pocos momentos despues no pudo ya quedarme la menor duda.

Aquel día subia temprano la marea y ya los pescadores se disponian á volver á sus lanchas.

Pedro Aubert partió el primero, pero tomando un rodeo, pasó por delante de la casita del rosál.

Una flor vino á caer á sus pies.

Cogióla precipitadamente, guardósela del mismo modo en el pecho, y como un ladron que acaba de robar un tesoro, huyó...

## VI.

A la caída de la tarde, en el momento en que las barcas zarpaban de la playa, ví tambien... porque continuaba en observacion..., tremolar un pañuelo blanco en la ventana con-sabida.

Pedro Aubert estaba de pié en la popa de su lancha, fijos los ojos mas que nunca en la casita.

Evidentemente habia en todo aquello una novela.

Al momento hubiera podido descubrirla preguntando á cualquier vecino, á cualquiera vecina, y acaso particularmente á la Cesarina.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sra. D<sup>a</sup> J. F. y T.: *Noalejos*.—Se le ha anotado á V. por 3 meses desde 1<sup>o</sup> de Enero.

Sr. Don P. L.: *Segura*.—Id. id. desde 1<sup>o</sup> de Enero.

Sr. Don D. A. C.: *Santiago*.—Id. id. desde 1<sup>o</sup> de Enero, y tiene V. opcion al regalo si remite el importe del año.

Sr. Don C. C.: *Barcelona*.—Se le ha anotado á V. por un año; pero á esta fecha el corresponsal de esa, á quien V. dice haberle abonado, no ha pasado el aviso. Sírvasse V. manifestárselo para no sufrir retraso en el periódico, y en lo sucesivo, para evitarle accidentes de esta especie, puede dirigir al Administrador de *La Moda* sellos de franqueo ó libranzas de tesorería, pues es el medio mas espedito que el dirigirse á los comisionados, por cuanto que con mucha frecuencia suceden hechos como el presente. Esto que decimos á V. lo hacemos estensivo á todos los demás Sres. Suscritores; por tanto, les rogamos lo tengan presente por ser en su beneficio.

Sr. Don M. de M.: *Paris*.—Se le ha duplicado á V. el número que su comisionado reclamó.

Sr. Don J. P.: *Gibraltar*.—Se recibieron en sellos los 19 rs. que adeudaba.

Sra. D<sup>a</sup> L. S.: *Barcelona*.—Por el correo se le ha escrito á V. particularmente.

Sr. Don R. de A.: *S. Asencio*.—En el próximo patron hallará V. el patron para camisa y los nombres que solicitaba.

Sra. Condesa de la V. de S.: *Tolosa*.—Queda V. suscrita por un año desde 1<sup>o</sup> de Marzo, y el regalo le fué remitido por el correo.

Sr. Don F. B.: *Barcelona*.—El patron para vestidos de niños trataremos de incluirlo con el cuaderno del mes de Abril, pues el de Marzo está ya completo.

Sr. Don I. R. y A.: *Canton de Mula*.—Queda V. suscrito por 3 meses.

Sra. D<sup>a</sup> L. L.: *Lorca*.—Queda V. suscrita por un año desde 1<sup>o</sup> de Febrero, y números y regalo le han sido enviado por correos.

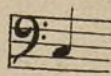
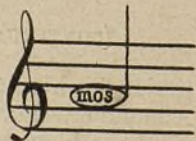
## Solucion del geroglífico anterior.

*La historia cuenta empresas de hombres célebres, que no todas deben creerse.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



Ayuntamiento de Madrid